

## Los recuerdos de Isabella

### Cuento erótico

Las ramas desnudas de los árboles que están sobre la vereda se yerguen hacia el cielo como pidiendo clemencia mientras la lluvia cae y las riega, las circunda, las empapa. La tenue luz del foco de la esquina se desliza temblorosa sobre el agua y las ramas aparentan ser púas metálicas, elevadas, altivas, teñidas de plata, luminosas y frías.

Es tarde en la noche y cada vez llueve más fuerte; el viento del sur inunda el lugar y la luz vibra sobre los charcos que se han ido formando sobre la calle desierta.

Isabella mira un programa que emite el canal de televisión local. Observa al locutor que, con voz grave y monótona, anuncia que una pareja bailará un tango. La “dama” – una niña morena, vestida de “mujer fatal”, con pollera muy corta de color negro, top de seda con puntillas y zapatos de tacones altos – y el “caballero” – un adolescente rubio, de ojos pícaros y mirada soñadora – se preparan para danzar, colocándose uno frente al otro, conectando sus cuerpos delgados y elegantes, uniendo sus manos.

Mientras él la toma por la cintura, ella lo rodea con sus brazos, dejando uno extendido, buscando la mano de él.

El locutor anuncia el show, la pareja lo observa pensativa mientras habla y continua preparada, esperando los acordes de la melodía. El locutor dice con voz grave y serena: “Y ahora disfrutaremos del hermoso tango “Canaro en París”... La música comienza, haciendo palpitar con sus sonos el alma. El dúo empieza a danzar. Hacen cuatro pasos cadenciosos, llevando el compás y él retrocede, otros cuatro pasos cadenciosos, llevando el compás y él avanza con movimientos lentos y sensuales, luego dos pasos hacia el costado izquierdo, otros dos y van hacia el derecho, y entonces la pierna de la niña se introduce en el medio de las de él, por adelante, por atrás; y otra vez; y otra. El la hace girar, ella levanta una pierna, luego la baja y se agacha, estirando la otra hacia atrás, se incorpora y todo comienza nuevamente. Repiten las figuras, suave y cadenciosamente y, minutos más tarde, dos altos y perfectos sonos indican que la melodía ha finalizado. El locutor agradece a la pareja, ambos saludan graciosamente y se retiran de la escena.

Isabella continúa frente al televisor, mirando sin ver, evocando sus vivencias pasadas... -- Un Buenos Aires lejano, perdido entre el tiempo y la distancia, donde los ecos de los valeses y de los tangos invadían el aire y embriagaban el alma...

Ya no siente ganas de seguir mirando la pantalla del televisor, desea ver cómo cae la lluvia, cómo penetra en el pasto del parque de su casa, cómo se desliza tímidamente sobre los vidrios de la ventana de su dormitorio; tiene ganas de escuchar el suave repiquetear y sentir como si fuera una caricia para su alma vacía o imaginar que delgadas campanas se deslizan por el revestimiento de chapa de su hogar, provocando un delicioso tintineo; tiene ganas de ser esa niña que bailó el tango; tiene ganas de ser amada y de amar; tiene ganas de sentir el calor de un hombre, de apoyarse sobre su pecho desnudo, de ser acariciada, cortejada, adorada...

Pero esa noche está sola, muy sola, demasiado sola en su inmensa casa...

Y entonces, casi sin advertirlo, detiene su mirada sobre la gran cama matrimonial, prolijamente cubierta por una manta de pelo de color dorado, mira los almohadones bordados y piensa que el momento invita al alma y al espíritu a disfrutar de una agradable compañía: “No es bueno estar sola en estas noches de lluvia... la soledad debe ser una elección, no una imposición... recién me doy cuenta cómo deseo estar con él” – piensa mientras se dirige hacia el teléfono. Levanta el auricular, oprime los números que conoce de memoria, desde hace ya mucho tiempo atrás y escucha que el timbre del aparato suena insistentemente en la otra casa. Luego de un momento de tensa espera, él contesta con su voz cálida y dulce.

Cuando termina la conversación va hasta el inmenso espejo que cuelga sobre la pared de la habitación y se mira, observándose detenidamente: los cuarenta años se insinúan apenas en su rostro por unas suaves y finas arruguitas en la comisura de los labios. Pasa el labial rojo sobre ellos, los retoca, destaca sus ojos con una sombra plateada y delineador negro y se aplica dos gotas de perfume francés en el cuello; luego retira de uno de los cajones del tocador un corpiño de satén de color violeta con puntillas finísimas, se lo coloca y se detiene frente al espejo, observándose los pechos con satisfacción; tampoco su cuerpo delata la edad que tiene, luce espléndido, delgado y elegante, casi mejor que cuando era adolescente; la piel parece lustrada, es tan tersa y brillante, como si la cubriera una finísima pátina de cera.

“Volveré en dos o tres días”, le había dicho su esposo al despedirse, al tiempo que le daba un frío beso en la mejilla. Pero ella sabía que podían ser cinco, siete o más días, porque él nunca le revelaba exactamente cuando regresaría. Se hallaba acostumbrada a esos viajes y hasta le gustaban esas esporádicas separaciones, percibía que en parte era por eso que todavía continuaban juntos y conservaban unas relaciones armoniosas y satisfactorias, en casi todos los aspectos... Pero había veces en que la soledad se hacía sentir, y eso ocurría muy especialmente durante las noches, cuando la lluvia tamborileaba sobre el techo y el viento susurraba en las ventanas.

La campanilla de la puerta de entrada que suena estridente la sobresalta, arrancándola repentinamente de ese mar de recuerdos; se arregla apresuradamente el deshabillé de gasa negra y acude a abrir.

Una figura atlética se recorta en la oscuridad. Ella enciende la luz y el rubio muchacho se inclina, la abraza y la besa largamente. Ella responde a ese beso ardientemente, excitada y feliz; entornan la puerta, él entra, y la cierra tras de sí, abrazados y ansiosos se dirigen hacia el dormitorio. Él le desprende el deshabillé, ella, la camisa mientras lo mira con sus ojos enormes y negros, él la acaricia con su mirada celeste y le regala una sonrisa insinuante y provocadora mientras le toca los pezones suavemente. Ella siente que se le endurecen y que los labios de su vulva se mojan; él continúa mirándola fijamente mientras se baja los pantalones, quedándose completamente desnudo. Así y sólo vestido con esa piel sedosa y tostada por el sol de los campos, camina hasta ella y la abraza, la besa, la circunda, la recorre con su lengua mojándola con ardor, ella lo estrecha acalorada con más fuerza e ímpetu que él.

Los pensamientos y las imágenes se suceden como en un calidoscopio, sin cesar, en la mente de ella y recuerda su pasado en el cabaret, cuando era la primera bailarina en un espectáculo nocturno, donde hacía gemir de placer a los hombres que acudían allí para verla bailar y mover su cuerpo sensualmente, hasta conseguir tener, siguiendo esa danza frenética y apasionada, un orgasmo público y auténtico.

-Ella se calza las largas botas de cuero negro con taco aguja, finísimo, se coloca un antifaz, también negro, con puntas y plumas, mientras el telón se abre y comienza el show. El cabaret está repleto esa noche; hombres jóvenes, adultos y ancianos la miran ilusionados y ansiosos. Isabella baila al son de la música que comienza suave, lenta e insinuante, hasta tornarse ardiente y bulliciosa. Ella sacude su cuerpo, mueve sus pechos, hace girar las caderas hacia uno y otro lado, en una danza singular y misteriosa, atrayente y provocadora, mientras afuera la lluvia moja las ramas, los árboles, las casas, las calles, las veredas, los transeúntes, forma charcos y juguetea con las luces, silenciosa e ininterrumpidamente.

Se deslizan los dos entrelazados sobre la cama que los recibe con beneplácito. Ella lo acaricia salvaje, lujuriosamente, él le toca los pechos, los manosea, los aprieta delicadamente y encierra con sus labios un pezón, lo lame suavemente, mientras ella gime de placer y su delgado cuerpo se contorsiona en una danza con música propia, sublime, celestial.

El la penetra luego, suave, rítmicamente, mueve sus caderas, introduce y saca su pene erecto, lleno de semen a punto de explotar. Y el estallido ocurre, los dos juntos llegan a un orgasmo completo, total, pleno...

La lluvia ha cesado, la lujuria también y los amantes reposan muy juntos. Él recostado sobre las mullidas almohadas, bebe un café caliente y cargado, mientras ella descansa con la cabeza apoyada sobre su pecho marcado por horas de ejercicios en el gimnasio. Ella lo mira con picardía, sonriendo sugestivamente a ese adolescente casi hombre, de rasgos perfectos y voz hermosa, que unos momentos antes la llenaba de un placer al que algunas personas califican de "pecaminoso", el mismo placer por y con el que fuimos concebidos y creados todos y todas, ese placer por el que, a veces nos levantamos y avanzamos, uno de los placeres que hace al mundo andar.

-Los espectadores aplauden y silban excitadísimos. Ella se saca el antifaz y muestra sus hermosos ojos, pintados de violeta, desata su pelo lacio y renegrado, que cae como si fuera un látigo sobre los bien formados glúteos. Camina insinuante, con andar felino, hasta que llega a una columna cilíndrica, envuelta con papel azul brillante, la aferra, la abraza, la recorre toda, como acariciándola. Pasa graciosamente sus enormes pechos contra la tela y siente que sus pezones se endurecen y su vagina se humedece. Está excitadísima, casi tanto como la multitud de hombres que la desean y la penetran con la mirada. Todos la quieren tocar, todos quieren besarla, penetrarla, llenarle de semen la vulva, los pechos, el cuerpo entero. Entonces ella levanta la cabeza haciendo un provocativo y sensual gesto de agrado y mil ojos la recorren y mil manos la acarician.

Levanta del piso un almohadón de seda roja como el fuego, se monta sobre un banco de madera blanca, apoya sus caderas sobre él, suavemente, como si estuviera

sentándose arriba de un hombre invisible y abre las piernas, separándolas sólo lo necesario, levanta la izquierda hacia arriba, se coloca el almohadón sobre los pechos. Luego se acuesta y vuelve a abrir las esbeltas piernas, sitúa al almohadón entre ambas, lo aprieta, baja las piernas y comienza un rítmico vaivén que el público observa silencioso y expectante. Ella sabe que debe experimentar al menos un orgasmo durante la función y no lo puede fingir, tiene que ser real, eso ha sido establecido y pactado en el contrato que firmó ante el dueño del local.

“Chicas que fingen orgasmos tengo a montones – le había dicho ese día– quiero algo verdadero, el público se enfervoriza y se apasiona cuando es auténtico lo que ve”

Las palabras se agolpan en su cabeza, mientras el suave roce de la tela sobre su piel y sobre su clítoris desnudo la enloquece, la excita y el frenesí aumenta; ella sacude sus caderas, sus pechos y su cabeza, gozando y coqueteando, la sala completa vibra mientras ella sigue sacudiéndose y la punta roja del almohadón emerge, victoriosa de la entrepierna. Continúa acostada mientras la pasión aumenta y la música acariciante y melodiosa parece querer llevarla al clímax; entonces siente que un torrente de agua, mezclado con fuego la arrastra hacia el aire mientras la tierra duerme. Abre las piernas y es como si una potente y especial energía se adentrara en ella, elevara el almohadón, y lo apretara y lo sujetara contra su cuerpo, frotándolo sobre sus pezones erectos. Se incorpora, da unos pasos como jugando con una suave y cadenciosa danza y continúa abrazada con el almohadón. Los centenares de ojos que la miran la reclaman, todos quieren poseerla, muchos han gemido de placer, han llegado al éxtasis tan sólo con admirar la fogosidad de ella. Da varias vueltas sobre el escenario, girando, bailando suavemente y saludando, hasta desaparecer. Los ha hecho disfrutar de un placer que, aunque ha sido a la distancia, no por eso fue menos real, logró fundirse con ellos y ellos se han fundido en ella. Sonríe satisfecha, enigmáticamente, mientras camina hacia su camarín retirándose del lugar y pensando que son muy pocas las mujeres que obtienen ese placer sexual y con tantos hombres a la vez –

El rubio muchacho la besa en el cuello, en la nuca, detrás de las orejas, ella suspira y gime. Sus cuerpos se sumergen otra vez, y otra y otra, en un río de fuego; el volcán que vive en su interior comienza a bullir y en un instante, un momento, un siglo se funden y se confunden, se mezclan y se entremezclan, y ya no son hombre y mujer, sino que son fuego, agua, aire y tierra unidos sobre una gran cama, una noche cualquiera, en donde la lluvia y el viento golpean los techos, insistentemente, como pidiendo permiso para entrar y compartir tanta intimidad, mientras la silla de ruedas descansa ubicada a un costado de la cama, única testigo de esa maravillosa noche de lluvia, amor y pasión.

**Autora: Silvia Mirta Valori**